

F. GAMBOA

genialidad y grandeza que le reconocen sus muchos admiradores?

Dios me lo perdone y los manes de Goethe también, pero á mí me resulta un enorme egoísta y un escritor poco sincero.

Si no hubiera creado entre las páginas de su «Wilhelm Meister» á ese tipo de *Mignon*, que me encanta, y si por civilización no hubiera hecho la campaña de Francia del 1792, tal vez no leería yo una sola línea suya.

Su temperamento es opuesto al mío.

Anoche comencé á leer «Las Confesiones» de san Agustín, traducidas al francés por un jansenista de Port Royal, d'Arnauld d'Andille.

¡Ah, los odios literarios! Leo en «El Mundo,» de México, acerba crítica contra el último poema de Luis G. Urbina, suscrita por Jesús E. Valenzuela, que era antaño su entusiasta amigo y defensor, hasta hace poco en que Jesús comulga con los modernistas mexicanos desde las columnas de «La Revista Moderna» que dirige.

Por unos instantes tiemblo por la suerte que podamos correr mis pobres libros y yo mismo, aunque por fortuna tengo una invulnerable coraza íntima para las censuras enderezadas á mis obras.

Si, como yo creo honradamente, mis libros esconden alguna savia ¿por qué no habían de triunfar alguna vez? . . .

4 DE ABRIL.—Pero, señor, ¿hasta cuándo dejará uno de gozar con determinadas puerilidades? . . .

MI DIARIO

Al pasar esta tarde por la librería de D. José M. Larizábal, en la Quinta Avenida, ocúrreme informarme en ella acerca de un libro de la Pardo Bazán que hace tiempo deseo comprar; el dependiente que me atiende y que en el acto me llama «Señor Ministro,» al mostrarme diversos volúmenes, me dice:

—También tengo á la venta una novela de usted.

—¡Mía! ¿cuál? . . .

Y me muestra dos ejemplares empastados de «Suprema Ley,» que están hombreándose en los anaqueles con las novelas de Pérez Galdós.

—Mandamos pedir cincuenta y sólo esos tres nos quedan, los hemos vendido mucho . . .

Para que el infantil regocijo que me invade no me traicione y me ponga en ridículo, márchome en seguida sin comprar nada, rumiando á solas mi inocente satisfacción.

5 DE ABRIL.—En estos momentos, doce y treinta de la noche, concluí el capítulo V de la segunda parte, y la segunda parte también, de «Metamorfosis,» trabajado en diez días.

Ahora á la tercera y última parte.

17 DE ABRIL.—Once y cincuenta de la noche. Acabé el capítulo primero de la tercera parte de «Metamorfosis.»

20 DE ABRIL.—Abigarrado.

En el incesante desfile de mexicanos que presencio en esta Legación, cada día se me presenta un tipo nuevo é interesante.

Hoy es un doctor en Medicina, D. A. de la Fuente, á quien nuestra colonia de Quezaltenango pretendía asesinar (es versión de él), que viene á mí con todo un laboratorio de química industrial para fabricar en mi presencia licores varios en aparato que es de su invención, á lo que asegura. Podría calificársele de aventurero científico. El me garantiza que saldrá rico de aquí.

Hace pocas noches fueron otros dos mexicanos, Juan López y Ubilio García, sentenciados á muerte por un consejo de guerra guatemalteco, indultados después, gracias á las gestiones de D. Carlos Américo Lera, Ministro nuestro en aquella época, é inquilinos en la Penitenciaría Central de esta ciudad durante dos años, hasta la tarde de hoy en que los saqué libres y en que ellos se preparan á regresar á algún rincón de su Estado natal, Chiapas, á pie y andando. López, que es un hércules, representa la fuerza de esta curiosa pareja, y García, que sabe escribir, representa la intelectualidad. Como no sería probable que los admitieran en mesón ninguno, por sus antecedentes, y si pasaran la noche á la luz de las estrellas, volverían á arrear con ellos á alguna sección de policía, les brindo alojamiento dentro de mi casa y los instalo en uno de los cuartos del piso bajo, no obstante las protestas de mi mujer y de la servidumbre que se consideran en peligro con esta proximidad de dos señores licenciados de presidio.

Cuando regresé del Club, tarde ya, advertí luz encendida en el cuarto destinado á estos *Juanes Valjean*, y recatando mis andares, después de asomarme por la ventana que cae al patio, entré á sorprenderlos.

—¿Qué haces?—le pregunté á Ubilio, sentado junto á una mesa en la que una vela sin candelero lloraba lagrimones de estearina.

—¡Le escribo á mi madre que ya estoy libre!

—¿Pues no me has asegurado que vas á verla?

—Pues ya lo creo que iré—me agrega—pero la carta ha de llegar mucho antes que yo y no quiero retardarle la noticia, porque la pobrecita estará contando los días, con miedo de que, primero que yo, la vea la muerte . . .

¡Qué hermosos *documentos* para mi pensada novela sobre el presidio, que escribiré, Dios sabe cuándo, y que se llamará «El Licenciado,» «Parias» ó «La Llaga.»

Para que la impresión sea completa, ya que interrumpí la epístola de Ubilio, interrumpo el pesado sueño de López, que roncaba, contra lo que reza el refrán, no á pierna suelta, sino á piernas encogidas; los despabilo con cigarros é inicio una sabrosísima charla, escarbando en sus cerebros rudos de primitivos; charla que nos lleva hasta las tres de la madrugada en que les digo adiós, pues probablemente nunca volveré á verlos: tienen que salir de Guatemala antes de que la aurora ilumine este cielo.

Otro mexicano, inteligente, instruído, educado, D.*** vino á decirme hace unos cuantos días que los enemigos del actual Gobierno guatemalteco, no sabiendo cómo derribarlo, han resuelto utilizar los servicios de algunos *honorables* italianos viciosos, y piensan arrojar en la casa del Ministro de Alemania, ó en la mía, bomba de dinamita que dé al traste con edificios y representantes, para que Alemania ó México se vean obligados á de-

clarar la guerra á Guatemala y acabe su actual administración.

Aunque me resisto á creer en acto de barbarie tamaña, la verdad es que algunas noches, ya acostado y á obscuras, cuando imagino la explosión y sus resultados, un ligero escalofrío me recorre la médula; porque, no digo la policía de aquí, la mejor del mundo, es impotente para prevenir un hecho de esta especie.

1º DE MAYO.—Faltan veinte minutos para las doce de la noche, acabo el capítulo II de la última parte de «Metamorfosis.»

5 DE MAYO.—Para conmemorar nuestro aniversario de hoy, recibí á toda la colonia mexicana durante el día y en la noche obsequié con una comida á individuos mexicanos también, pero de más subidos quilates que aquellos pues hay de todo en la viña del Señor.

12 DE MAYO.—Terminé el capítulo III de la última parte de «Metamorfosis» y cerré trato con la Tipografía Nacional para la impresión de mi novela; impresión esmeradísima y de gran lujo, sólo mil ejemplares en un precio reducido, setecientos pesos de esta moneda. Pero me empeñé en lo del precio, porque siendo como es la Tipografía Nacional propiedad del Gobierno, la circunstancia de que medie un recibo timbrado y firmado, me pone á cubierto de que mañana unos ú otros puedan decir que acepté un obsequio (siquiera sea de este orden,) que me está vedado por mi propia voluntad y por el reglamento del Cuerpo Diplomático á que pertenezco.

El próximo primero de julio entregaré los originales.

13 DE MAYO.—Indudablemente los pueblos del Norte, dígase lo que se diga, tienen manifestaciones, en sus júbilos sobre todo, mucho más toscas que las que gastamos los que pretendemos ser descendientes de latinos.

Asistí esta noche al baile con que el Club Alemán obsequió al comandante y oficiales del buque de guerra «Geier,» anclado en San José. En la cena brindaron el Ministro de aquel Imperio y el capitán del barco; el Ministro, por galantería, en español, y el capitán, por no poder hacer menos, en su idioma. Al concluir entrambos brindis, diplomático y marino provocaron destemplada grita entre sus paisanos, tres exclamaciones aun más informes que el *heep, heep, heep, hurra!* de ingleses y americanos de los Estados Unidos, que hicieron estremecer el edificio íntegro.

—¡Ha! ¡ha! ¡ha!

No hubo un solo alemán que permaneciera mudo, cual si el alarido removiera en todos ellos ignoradas herencias imperecederas de sus antepasados los hunos.

16 DE MAYO.—Visitó esta tarde en su elegante quinta «Villa Algeria» del paseo de la Reforma, á mi buen amigo el Ministro de Alemania, A. von Voigts Retz, que es, además de doctor en Derecho, antiguo capitán del ejército prusiano que sitió á París en 1870.

Según su costumbre, me recibió con mucha cortesía y afecto. Durante la visita llamó mi atención un raro prensa-papeles de mármol, con un pedazo como de carbón de

pieza encima, y dos rótulos en letras de oro, que decían:
«París.—1870-1871.»

—¿Qué significa esto, doctor?

—Ah!—me responde con el semblante iluminado—
eso es un pedazo de chimenea francesa y un fragmento
de obús parisiense . . .

Los odios de raza ¿serán inextinguibles?

24 DE MAYO.—Concluído el capítulo IV de la última
parte de «Metamorfosis.»

30 DE MAYO.—Hoy ha sido para mí día gratísimo. Lo-
gré la terminación feliz de una añeja reclamación diplo-
mática que teníamos pendiente y en la que estaban en-
vuellos los dos pobres presidiarios García y López; obtuve
veinte mil pesos de indemnización, la libertad de los sen-
tenciados y su rehabilitación completa, publicada en el
diario oficial de este Gobierno, rehabilitación que no
puedo resistir á transcribir y que apareció hoy en «El
Guatemalteco.» Dice:

«Error judicial.—Los ciudadanos mexicanos Ubilio
García, Juan López, Gilberto R. Paniagua y Arnulfo
Castañeda, que á fines de 1897 fueron condenados á
muerte por un consejo de guerra de Quezaltenango y que
después de indultados por la Administración del Gene-
ral Reina Barrios, sufrieron dos años de reclusión en la
Penitenciaría Central, han sido absueltos por los tribu-
nales competentes y puestos en absoluta libertad por
acuerdo justiciero del señor Presidente constitucional de
la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera,

quedando repuestos en la buena opinión y fama de que
disfrutaban respectivamente antes de sentenciárseles á la
última pena, debido á las circunstancias políticas por las
que atravesaba el país en aquella época, cuando el tri-
bunal que dictara dicha sentencia no estaba poseído de
toda la serenidad que en tiempos normales han tenido y
tendrán las autoridades guatemaltecas, mientras en la
Nación imperen la justicia y el derecho, como por for-
tuna sucede ahora bajo el ilustre Gobierno de su Primer
Mandatario.»

2 DE JUNIO.—A la una y veinte minutos de esta ma-
drugada concluí, á Dios gracias, mi novela «Metamor-
fosis.»

Mañana, con los originales, á la imprenta.

Hasta ahora, es este libro el que más esfuerzo nervio-
so me ha significado; ninguno de los anteriores exacer-
bó tanto mi neurastenia, aguda de suyo; ninguno corrió
tanto riesgo de quedar trunco; ninguno ha presenciado
tantas borrascas y tempestades materiales, morales y
monetarias de su autor; con ninguno me había obsesio-
nado tanto la idea de mi muerte. Y al contemplar la
montaña de manuscritos, acaricio las hojas, las recuen-
to, las remiro.

Cuando temprano anoche escribía yo la última pági-
na, tuve un fetichismo, hacer dos renglones con la plu-
ma de oro que me regalaron mis compañeros de travesía
de Mazatlán á San José de Guatemala, aquellos padres
españoles que venían huyendo de las Filipinas. Emplee
su obsequio como un amuleto favorable para ver de que

F. GAMBOA

se realizasen los augurios de su carta expresiva. Reconozco que ello es una niñería, pero, ¿qué otra cosa somos los *plumitifs* sino unos niños grandes? . . .

Hoy mismo entregué á la imprenta la parte manuscrita, recopiada ya, de «Metamorfosis.»

Encomendándome á toda la Corte Celestial, esta noche concedí asilo en la Legación á tres políticos desafectos al actual Gobierno de Guatemala, cuyas vidas, según ellos y según una porción de personas fidedignas me aseguran, peligrosaban de veras.

Es el primero, un hábil doctor en Medicina, D. José Llerena, candidato á la presidencia, del partido «cachureco.» (Bueno es que aquí quede explicado una vez por todas el significado de este término y el de su contrario «panterista;» cachureco, quiere decir conservador, y panterista, radical). Llerena es hombre de valer y de valor; serio, caballeroso, de gran juicio y de mucho partido.

El segundo, D. Juan Francisco Ponciano, propietario y muy entendido en cosas de electricidad, es agente general del partido «castillista,» cuyo jefe, D. José León Castillo, encuéntrase emigrado en Honduras ó El Salvador.

El tercero es D. José Esteban Sánchez, hombre de dineros, de carácter y también connotado «castillista.»

4 DE JUNIO.—En un banquete diplomático que se celebra en el Gran Hotel—atravesamos ahora por epidemia de banquetes—en prueba de rectitud y honradez,

MI DIARIO

comunico en persona al Ministro de Relaciones Exteriores que he concedido asilo, ignorado todavía por las autoridades; y con objeto de que se juzgue de mi conducta franca, solicito una audiencia presidencial para llevar la noticia de mis actos al jefe del Gobierno de Guatemala.

5 DE JUNIO.—Visitantes matinales infórmanme de que reina la alarma en la ciudad, y me piden que me asome á los balcones para ver mi calle cercada de agentes de policía, uniformados ó vestidos de paisano.

A las tres de la tarde me encamino á la casa presidencial, para mi audiencia.

¡Qué fisonomía más curiosa la de la tal casa! Desde su arquitectura, que es moderno-rococó, hasta sus interiores, todo es curioso.

El vestíbulo, mírase convertido en cuerpo de guardia; sentados en sendas bancas, hay á un lado y á otro filas de soldados con el arma cargada, entre las piernas; en el patio y corredores abundan jefes y oficiales de todos grados. En las puertas, pasillos y ángulos, se advierten centinelas, y en varios canapés, individuos que se delatan á sí mismos como agentes de policía secreta. En México los delata el sombrero «jarano» y aquí el sombrero de Panamá, y tanto los de allá como los de aquí delátanse también por cierto aire de ferocidad en el semblante que por más que dulcifican, los traiciona.

Después de subir una preciosa escalera, instálanme en salón soberbiamente decorado, que ostenta muebles de

calidad; sin embargo, hay detalle censurable: «tres estrados» con sillas alineadas y varias escupideras *de peltre*. . .

Durante la entrevista, el Presidente se manifiesta hasta jovial conmigo; cree que mis asilados se alarmaron fuera de medida, pues no existe dictada en su contra ninguna orden rigurosa y me emplaza para resolución final dentro de algunos días; quiere pensar con calma qué será más conveniente para el buen nombre de su Gobierno, si que los asilados sean devueltos á las autoridades, previa la demanda de extradición en forma, ó que yo, como muy atentamente sé lo suplico, les procure puerta franca á fin de que se marchen á donde gusten y no vuelvan á alterar, ni teóricamente siquiera, según lo han hecho hoy, la tranquilidad actual del país.

Después de mi entrevista, un coronel del Estado Mayor me hizo los honores hasta la puerta de la calle, y á mi segundo paso por el vestíbulo, la guardia fué formada y me terciaron armas.

15 DE JUNIO.—Días de incertidumbre, en la duda de si me consentirá el Gobierno guatemalteco que mis asilados se expatrien. Todas estas noches, escenas de ternura justificadísimas: las familias de los señores Llerena, Ponciano y Sánchez han venido á visitarnos y á hablar con ellos de quién sabe cuántas intimidaciones, que nosotros hemos advertido, discretamente reclusos en nuestras habitaciones, por los ojos llorosos de las señoras al despedirse y por la emoción manifiesta de los varones.

El compromiso que contraje con el Presidente, lo he llevado á cabo al pie de la letra, mis asilados no han re-

cibido ni comunicádose por escrito ó de palabra con simpatizadores suyos en asuntos de política.

Poco antes de la comida, un ayudante del Presidente de la República vino á llamarme de su parte; acudí inmediatamente y el propio señor Estrada Cabrera me dió la buena nueva de que podía yo embarcar á mis asilados, dentro del término de veinticuatro horas y aprovechando la salida de mañana de un vapor de la Mala del Pacífico, que va á Panamá.

Con los apresuramientos naturales hízose saber á las familias de los asilados la resolución presidencial, y hondamente conmovidos, presenciemos una escena íntima inolvidable: la despedida acongojada de las hijas de Llerena, á su padre; de la esposa de Ponciano, y de la hermana de Esteban Sánchez, anciana respetabilísima en la sociedad guatemalteca.

¡Cuántos encargos amantes, cuántas inquietudes para el futuro incierto, cuántas recomendaciones para esa ausencia indefinida preñada de peligros y de puntos negros!

16 DE JUNIO.—Hasta el puerto de San José, en coche especial agregado al tren ordinario de la mañana, en el que México, por mi indigno y pecador conducto, saca de su país de origen con toda clase de seguridades á los tres refugiados que se acogieron á mí.

En cuanto llegamos al puerto, condújelos en persona hasta á bordo del vapor «Colón,» y contra lo que me esperaba, la noticia ha cundido de tal modo, que el capitán del barco me ovaciona, me agasaja, me invita á co-

mer; una señora de San Francisco de California, pasajera á bordo, exige que me presenten á ella y me llama en mi cara: ¡*Philantropist!* . . .

Devuelvo lo mejor que puedo felicitaciones y cumplidos, pues es difícil de desempeñar el papel que me adjudican de sucursal de la Divina Providencia.

Hasta las nueve de la noche no regresé á tierra, en el botecito de la Comandancia. Llerena, Ponciano y Sánchez, muy emocionados, me despidieron en el «portalón» del barco, acompañados en sus adioses del capitán y de mi admiradora de California.

El mar, el inquieto mar centroamericano, me empa y salpica, juega con mi bote en la breve travesía del barco al alto muelle metálico; con muchos trabajos por lo obscuro y desplegando mucha fuerza para impedir una caída, subo trabajosamente la escala vertical . . . Estoy en salvo, pero mis asilados están en salvo también.

Desde la *verandah* del hotel, á las diez, veo zarpar el «Colón,» corpulento animalazo taladrado por mil luces, que se hunde en la noche; tres veces pita su ronco silbato, como si cada uno de los desterrados guatemaltecos me repitiera su adiós. . .

Indefectiblemente vuélvense mis pensamientos hacia México. Y de repetir su nombre, de imaginármelo á donde es fuerza que llegue, de pensar que él, la Patria, aprueba mi conducta, siéntome por dentro muy satisfecho, pues considero que he cumplido con un deber.

20 DE JUNIO.—Conozco al célebre escultor español Justo de Gandarias, individuo más viejo que joven; inteli-

gente en su dislocada charla de artista; con marcadas ráfagas de melancolía que lo invaden de cuando en cuando por haber encallado en esta Guatemala á la que por contrato hiciéronlo venir lleno de ilusiones, y en la que ahora permanece aguardando á que le liquiden sus créditos, mientras desesperanzado y triste, con forzada ociosidad para sus actividades de artista y para su espíritu habituado á otros medios, va aquí tirando del carro de su vida.

Que no es cualquiera, compruébalo lo que de él dicen los diccionarios enciclopédicos. Tanscribo al azar: ⁽¹⁾

«Gandarias (Justo de) Biog. Escultor y pintor español contemporáneo. Nació en Barcelona. Llevó á la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1881, las siguientes obras: *Plus Ultra*, grupo alegórico en yeso del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo; *Anfitrite*, grupo que fué premiado con medalla de tercera clase; *El niño y el pato*, bronce; *La Música*, estatua en bronce; *Japonés, Japonesa, Moro, Chula y Un parisién*; adquirió los seis últimos Alfonso XII; *La Armonía*, estatua en mármol. Algunos de estos trabajos habían figurado con elogio en anteriores Exposiciones de París. En la de Madrid de 1887 presentó Gandarias una pintura, *Cabeza de Estudio*, y estas esculturas: *El amor y el interés*, estatua en mármol; *Japonesa*, busto en mármol; *Carlos I de España*, busto en bronce; *Confidencia*, *La Fama*, y un *Retrato*, bajos relieves en bronce; *León y Aguila*, grupo en yeso; el *Padre Feijóo* y el *Cardenal Cisneros*, bocetos en yeso, y un

¹ «Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano,» pág. 110, columna 1a., tomo IX, Montaner y Simón, editores, Barcelona, 1892.

« boceto alegórico en yeso ejecutado para el panteón de
« don F. Moyano, en Medina del Campo. Balsa de la Ve-
« ga juzga el mérito de Gandarias en las siguientes líneas:
« Rápido en concebir y en ejecutar, Justo de Gandarias
« es un escultor que ha merecido recompensas en expo-
« siciones internacionales que ningún otro escultor espa-
« ñol ha logrado todavía. Con ser un devoto del clasicis-
« mo, sus estatuas, sin embargo, no tienen la rigidez y
« frialdad de líneas que distingue las de esos seudoclási-
« cos que aun pasan hoy por inspirados artistas y que
« ocupan puestos académicos; nó, las mujeres que mode-
« la Gandarias son finas de línea, carnosas, elegantes de
« proporción y de traza; en fin, mujeres de carne y hue-
« so, no de mármol.»

29 DE JULIO.—¡Dos y veinte de la madrugada!

¡Hijo mío! acabas de nacer, te saludo con un raudal
de lágrimas. Eres EL ESPERADO, EL ADORADO, EL BIEN-
VENIDO!

¡Quiera Dios bendecirte como te bendigo yo, en estos
momentos en que tus ojos se abren por primera vez á la
luz y á la vida!

5 DE AGOSTO.—Es increíble la cantidad de vulgarida-
des que oye uno á propósito del nacimiento de su hijo.
Toda la inmensurable estulticia burguesa asoma su si-
miesca cara en fisonomías, cartas y palabras. Hay de to-
do: altruísmos trasnochados; conjuros y augurios hue-
cos; deseos que trascienden á falsos.

¡Pauvres gens!

6 DE AGOSTO.—Fenomenal. Recibo un gran servicio
desinteresado de la parte de un judío auténtico!!!

14 DE AGOSTO.—En la tribuna presidencial del hipó-
dromo.

Cosa rara, que se acentúa más conforme prolongo mi
permanencia en Guatemala: siéntome invadido de un in-
menso desinterés olímpico por todo y por todos. El mun-
do, contemplado al través de este agujero centroameri-
cano, antójase una *ménagerie* inacabable. Fuera de
mis gentes, mis íntimos, lo restante me resulta zoología
pura. . .

Lástima que esto sea sólo mental, que no pueda domi-
nar en la práctica, mi altruísmo ingénito, el que hace que
me interese y dé ayuda aun á lo infinitamente pequeño.

24 DE AGOSTO.—A las once de la noche terminé la co-
pia de mis manuscritos de «Metamorfosis.» Hay proba-
bilidades de que concluyan de imprimir la obra para el
3 ó 4 de septiembre.

Anoche terminé la lectura de los «Episodios Naciona-
les» de Pérez Galdós. No me lo imaginé tan descuidado
en ellos. ¡Qué diferencia, en cuanto á estilo, con cual-
quiera de sus «Torquemadas,» por ejemplo!

Tampoco me lo imaginé nunca tan descreído. ¡Mire
usted que se trae una guasa con la Iglesia y con la Divi-
nidad misma! . . . Su «Un Voluntario Realista» deja
muy atrás á mi «Metamorfosis;» mi «Sor Noeline» junto
á su «Sor Teodora de Arancís» es un espíritu puro. Así

F. GAMBOA

y todo á mí me han de dar tanto del inmoral, que no habrá por donde cogerme.

El talentazo de Galdós es verdaderamente poco común, y su temperamento no me es nada antipático, sino al contrario; en tanto que los temperamentos de Pereda y de Valera, el de Valera sobre todo, en ocasiones llega á serme insoportable; el de Pereda, ó me abruma ó me cansa, á pesar de sus excelencias.

30 DE AGOSTO.—Alarmados porque nuestro hijo sólo ha aumentado una libra de peso en el espacio de un mes, consultamos con el doctor, que ordena se le ponga nodriza.

Con tal motivo hay lágrimas de la mamá, que no se resigna á este primer abandono de su muchacho.

¡Qué dirá de los abandonos posteriores, que mucho me guardo de anunciarle!

1º DE SEPTIEMBRE.—Entrada triunfal de la nodriza.

Es una vasta y colosal india de Mixco, vestida de colorines, según aquí visten todos los de su raza, que entiendo al nombre de Jerónima Corona. Una verdadera vaca humana, que en cuanto llega ejerce sus funciones, sacando á luz una de sus ubres enormes y repletas para amamantar al hambriento.

Nuevo llanto de mi mujer, que contrasta con la voracidad de nuestro hijo pegado al pecho y tragando vida glotonamente, glotonamente, en plácida inconsciencia de ser racional sin cerebraciones todavía.

MI DIARIO

16 DE SEPTIEMBRE.—Celebración de nuestra Independencia, siendo yo por primera vez representante de México.

Sensación de pequeñez y de carencia de merecimientos para empresa tan grande . . . Oleadas intermitentes de orgullo . . . La idea de Patria—la patria en forma de carta geográfica á veces, y á veces de abstracción luminosa—acariciándome de lejos . . . Desligamiento con gobernantes y partidos políticos . . . Rostros amados visitándome de cuando en cuando en el corazón y en el cerebro . . . Auras inconfesadas de megalomanía . . . Mezcla de certidumbre de llegar á mucho, y de miedo de caer de improviso . . .

Y al escuchar el Himno Nacional que al pie de mis balcones ejecuta la banda que me ha sido enviada por el Gobierno de Guatemala, lágrimas en los ojos y la imagen de mi viejo padre resguardándome en los aires, allá, en su otra vida, mientras nuestra bandera izada en el asta, ondea blandamente sobre el fondo estrellado de esta tibia noche de los trópicos.

26 DE SEPTIEMBRE.—Concluyo la corrección de las pruebas de imprenta de mi «Metamorfosis.» Nada menos que 727 páginas.

Prepárome ahora á resistir censuras, desahogos, apasionamientos é insultos . . . y prepárome también á comenzar el próximo libro.

4 DE OCTUBRE.—«Metamorfosis» es puesta á la venta en las librerías de Guatemala.

17 DE OCTUBRE.—Parece que se vence. Los periódicos de aquí han saludado á mi novela con nutrida salva de aplausos; y á pesar de que «en estos reynos» apenas si debieran preocuparse de un libro meramente literario, en razón á su crisis económica y á otras varias crisis, se habla mucho de él.

Detalle mercantil de cierta importancia: van vendidos cuarenta y ocho ejemplares.

¿Triunfaré en México por modo análogo?

20 DE OCTUBRE.—El Ministro de Italia, Massiglia, y el de Chile, Mathieu, felicítanme por mi libro, en términos que me estimulan; quisieran que fuera traducido.

Massiglia, que no puede negar lo italiano en su vehemencia para quererme, me consigna á la supervivencia, y el chileno, que acaba de remitir á su país seis ejemplares de «Metamorfosis,» se me declara muy contento de que un hispanoamericano sea el autor.

Continúan las dianas. De entre los muchos particulares que en la calle me aplauden el libro, hay un francés, Mr. Briot, que se manifiesta especialmente expresivo.

¡Que acaezca otro tanto en mi tierra!

Inaudito! El agente librero que vende «Metamorfosis,» entregóme esta noche los primeros cien pesos; ofrécame otro tanto para mañana y me asegura que realizará quinientos ejemplares en breve plazo, porque la venta diaria no baja de tres á cinco, y hay días, como el de hoy, en que se han vendido ocho.

1º DE DICIEMBRE.—Durante el pasado mes de noviembre, vendiéronse dos centenares de «Metamorfosis;» hánse publicado cuatro ó cinco artículos con marcadas tendencias al elogio. Sólo el actual director de «La República» que es un doctor ibero, afirma en uno de sus «Paliques» semanales, que mi libro no es lectura adecuada para señoritas! . . .

Pero ¿acaso se anunció como lectura para doncellas?

2 DE DICIEMBRE.—En vísperas de emprender una jira diplomática por orden de mi Gobierno á las otras cuatro repúblicas centroamericanas; viaje que puede convertirse en muy honorífico si hay triunfo, ó en un fiasco si fracaso: seré portador de la oliva de la paz.

Ya estamos aquí en revolución, y yo de nuevo desempeñando funciones de abogado de afligidos.

Una señora de la mejor sociedad, confíame que estoy ganándome sinnúmero de bendiciones.

No me parece mal!

El aspecto de las calles no es halagüeño, hay mucho aumento de agentes de policía, y los pobladores, aun los más denodados, delatan á la lengua el terror que los paraliza.

Presencio la salida de algunas tropas: puñados de indios, que sin entusiasmos, en resignado silencio desfilan con el rémington á cuestras, por los guijarros de las calles de esta antigua Capitanía General de las Españas.